

LA METAFÍSICA DEL CAPITAL: FETICHISMO Y NIHILISMO

The Metaphysics of Capital: Fetishism and Nihilism

GABRIEL RODRIGUEZ VARELA*
gaborodriguezvarela@gmail.com

EMILIANO EXPOSTO**
emi_07_e@hotmail.com

Fecha de recepción: 1 de noviembre de 2019

Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2020

RESUMEN

Nuestra hipótesis es que el devenir-mercancía de las relaciones capitalistas es proporcional a la “consumación nihilista” de las categorías de larga duración de la metafísica occidental. El capitalismo tiene raíces metafísicas expresadas en la estructura dual de la mercancía (valor y valor de uso) y en el carácter bifacético del trabajo que las produce (concreto y abstracto). En el espacio social del capital se refuncionalizan las temporalidades de larga duración de la metafísica occidental. Así como también sucede con las temporalidades de *longue durée* del lenguaje, el monoteísmo, el patriarcado y la dominación masculina, el capital refuncionaliza de manera relativamente heterogénea y sincrónicamente asintótica las categorías de la metafísica occidental para ponerlas al servicio de la reproducción ampliada del valor-que-se-valoriza.

Palabras clave: metafísica, capital, abstracción, nihilismo, fetichismo.

ABSTRACT

Our hypothesis is that the becoming-commodity of capitalist relations is proportional to the “nihilistic consummation” of the long-lasting categories of Western metaphysics. Capitalism has metaphysical roots expressed in the dual structure of the merchandise (value and use value) and in the two-faced nature of the work that produces them (concrete and abstract). In the

* Universidad de Buenos Aires (Argentina).

** Universidad de Buenos Aires (Argentina).

social space of capital, the long-term temporalities of Western metaphysics are refunctionalized. As with the *longue durée* temporalities of language, monotheism, patriarchy and male domination, capital re-functionalizes the categories of Western metaphysics relatively heterogeneously and synchronously asymptotically to put them at the service of the extended reproduction of value-that-is-valued.

Keywords: metaphysics, capital, abstraction, nihilism, fetishism.

1 INTRODUCCIÓN

El “hilo conductor” para examinar la estrecha relación histórica entre lógica del capital y metafísica, entre dinámica destructiva del valor y nihilismo consumado de la sociedad occidental, no puede ser otro que aquella *abstracción social* denominada por Marx “fetichismo de la mercancía”. El fetichismo entendido como una relación social tendencialmente totalista que constituye las prácticas concretas de los actores particulares y agentes colectivos que asimismo lo producen y resisten. El fetichismo de la mercancía podría ser entendido como un proceso conflictivo, abierto, en disputa, complejo. Y como un paralogismo del mundo burgués: una extrapolación autotelica donde una parte del todo tiende a presentarse como Absoluto sin relatividades.

El fetichismo no consiste en una ilusión imaginaria, una percepción distorsionada o una falla simbólica que remitiría a las formas ideológicas de la conciencia. En cambio, alude a la *forma límite de la experiencia concreta* que media de manera inconsciente todas las relaciones sociales. El fetichismo no remite a una falsa conciencia o una mistificación, sino al automatismo de una *forma real de existencia social* que, según Jappe, “se sitúa por encima de toda separación entre reproducción material y factores mentales porque determina las propias formas de actuar y pensar” (2011: 175). La mercancía no aplasta a los individuos, pues no se impone de modo conductual y pasivo sobre los mismos. La mercancía nos constituye, desde-siempre, como sujetos alienados al capital social global. En tanto cuerpos y territorios existenciales concretos en los cuales se elaboran, verifican y resisten las determinaciones y conflictos sociales.

La conciencia libre del productor independiente de mercancías, en tanto práctica concreta, dice Juan Iñigo Carrera, es la forma concreta de la enajenación. El fetichismo, en la medida en que el capital es el Sujeto dominante y abstracto de la totalidad contradictoria, configura un orden anónimo de *determinaciones inconscientes* que opera de espaldas a la voluntad emancipatoria, a las representaciones conscientes de sus propios productores y en contra de los intereses preconscientes de las clases sociales.

En esa línea la cuestión reside en problematizar la inmanencia entre *fetichización de las categorías sociales* y *fetichización de las categorías intelectuales*. Es decir, investigar la unidad contradictoria entre formas objetivas del pensar y formas objetivas de mediación social. El desafío estriba en hacer la “crítica al sistema criticando el sistema de categorías del sistema” (Del Barco, 2017: 17). Es en ese marco que se patentiza que la *pregunta fundamental* de una crítica de la metafísica del capital, al contrario de lo planteado por el pensamiento occidental desde Leibniz en adelante (“¿por qué hay ser y no más bien la nada?”), no podría ser sino la siguiente: “por qué vivimos en una sociedad dominada por la mercancía, por qué existe el valor como forma social *apriorística* que regula nuestras vidas” (Vázquez, 2017: 32).

2 CAPITALISMO Y METAFÍSICA

La forma social es una totalidad porque no es una colección de varios particulares, sino que, antes bien, es constituida por una 'sustancia' general y homogénea que es su propio fundamento. En tanto la totalidad es auto-fundante, auto-mediadora y objetivada, existe en forma cuasi-independiente (...) El capitalismo, como es analizado por Marx, es una forma social con atributos metafísicos -los del Sujeto absoluto (Postone, 2006: 156).

La modernidad capitalista desata potencialidades contradictorias en las relaciones sociales. Se trata de potencialidades emancipatorias inscriptas mayormente en la tecnología o en el derecho moderno. Y potencialidades catastróficas y destructivas involucradas en las tendencias a las crisis, al colapso, al autoritarismo, a la violencia. El nihilismo destructivo del modo de producción de mercancías, usualmente superpuesto sin más con el efecto de la “tecnociencia”, no sólo es la consumación del nihilismo de la metafísica en tanto que onto-teo-logía, según el decir de Martín Heidegger. Está segunda expresa una concepción intelectual determinada

por las *abstracciones sociales* capitalistas. Expresa una forma-pensamiento sobredeterminada, en su forma simple y abstracta (no derivable en sus contenidos concretos desde lo general), por las *categorías reales del capital* (valor, mercancía, trabajo abstracto, dinero, capital) en tanto formas abstractas de dominación que despiertan potencialidades liberadoras y catastróficas.

La repetición acítica de esa afirmación de raigambre heideggeriana conlleva una *inversión fetichista* en el orden de las determinaciones reales y, en ese sentido, incurre sin más en una *fetichización capitalocéntrica*. Es decir, se suele poner como determinación metahistórica de la historia del Ser aquello que no podría ser sino una realidad históricamente relativa a la materialidad objetivada del *nihilismo* inherente a la *metafísica del capital*. El nihilismo “es ese automatismo de la producción social que desplaza lo humano y se vuelve así lo social sin-hombre” (Del Barco, 2018: 36). Remite a la tendencia devastadora y catastrófica de la valorización tautológica del valor. El capitalismo refuncionaliza y profundiza el nihilismo como estructura destructiva propia de sus relaciones sociales históricamente específicas. La calculabilidad abstracta de la totalidad de lo ente, el *imperativo anónimo de valorización* (¡Valoriza-te!) que pesa sobre nuestras vidas (valer=ser), subsume las prácticas bajo exigencias compulsivas imposibles de satisfacer como reverso del nihilismo destructivo del capital.

En vistas a concertar una crítica inmanente del nihilismo capitalista y su metafísica históricamente determinada, es menester detenernos en la categoría de abstracción social tal como es desarrollada por Omar Acha en *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social* (2018). Siguiendo las consideraciones del autor, la abstracción social señala un *principio bifacético equivalencial (objetivo-unidimensional) y diferencial (subjetivo-multidimensional)*. El cual mediatiza todas las relaciones sociales en el mundo burgués. Estas formas abstractas de mediación social capitalistas actúan como modos universales de dominación impersonal entrelazados a su vez con modos de dominación particularistas de tipo racistas, sexistas, clasistas, toda vez que patriarcado, colonialismo y capitalismo son engranajes de un mismo sistema.

Si bien las sociedades precapitalistas no carecen de dinámicas abstractivas de dominación e individuación (el monoteísmo, por ejemplo) la abstracción social es propiamente moderna. La mutación del nexo social implicada en el advenimiento

contingente de la modernidad es resultante del retroceso relativo de la matriz de relaciones tradicionales signada por lazos de dependencia directa y coacción inmediata. Esto se produce a favor de formas abstractas de dominación impersonal e interdependencia social dada por el carácter abstracto del trabajo productivo realizado de manera privada e independiente, lo cual conduce asimismo a una dependencia general respecto al automatismo del valor. Por tal mutación, el capitalismo tiende a plurificar cualitativamente el nexo social (heterogénesis) en el mismo movimiento en que lo unifica (homogénesis) bajo la meta tautológica de la acumulación cuantitativa de capital. Pero lo decisivo en la abstracción social es que configura un principio de dominación inconsciente y subjetivación inmanente en las prácticas concretas en las que se elaboran, debaten y resisten los conflictos históricos de la lucha de clases.

En este punto hay que distinguir, por un lado, la “relatividad” de una formación social dada dentro de la “historia humana”, y por el otro, el carácter “absoluto” que asumen ciertas formas sociales dentro de una sociedad en particular. Que la dominación del sujeto-capital se encuentra en su abstracción objetivada reside en que la misma no sólo atañe a la economía, sino a la producción de la sociedad en su conjunto (producción de imaginarios, producción deseante, producción de discursos y consumos, etc.). Se trata de una lógica de mediación social enajenada a la cual es preciso ajustarse incluso para combatirla, puesto que la misma atraviesa de manera desigual y combinada a todos los miembros de la sociedad, constituyendo asimismo las diversas “esferas” o “instancias” culturales, ideológicas y subjetivas del metabolismo social moderno.

La categoría crítica de abstracción social, cardinal en la forma metafísica del capital, busca desmontar las *posiciones empiristas* del pensamiento que oponen lo abstracto a lo concreto, el concepto al cuerpo, lo universal a lo particular, lo equivalencial a lo diferencial, el idealismo y el materialismo. Asimismo, problematiza las derivas del *materialismo vulgar* en torno a la eficacia causal de lo material (cuerpo, clases, economía) por sobre las operaciones ideológicas, culturales o políticas. El carácter bifronte del fetichismo de la mercancía se revela tanto en el empirismo subjetivista (sujeto sin objetividad) como en el materialismo objetivista (objetividad sin sujeto). La unidad contradictoria del metabolismo capitalista articula la equivalencia y la diferencia. Pero, por sobre todo, la abstracción social permite superar las *escisiones idealistas* de la filosofía trascendental (sujeto/objeto, fenómeno/noúmeno,

representación/cosa, base/súper-estructura, etc.) al remitir su eficacia generatriz a la unidad en la diferencia de una relación general o a la lógica de dominación social universalizada y bifacética del capitalismo. En la unidad contradictoria de las relaciones antagónicas del capitalismo se condensan las abstracciones sociales que a su vez las constituyen. Este carácter constituyente de la abstracción social es inseparable de su *anudamiento* entre las abstracciones simbólicas (lenguaje y patriarcado), imaginarias (mitologización monoteísta) e intelectuales (formaciones discursivas y prácticas de saber). Acha considera que el concepto de abstracción social posee dos rasgos que lo distinguen del concepto de abstracción real forjado por Sohn-Rethel. Escribe el autor:

En primer lugar, no se dirige a revelar las deudas históricas de la abstracción solo en el plano de la epistemología, sino de la experiencia social como tal. En segundo lugar, al extenderse a lo social revela las restricciones históricas de su validez como concepto crítico: mientras la abstracción de Sohn-Rethel, al explicarse por la generalización del intercambio mercantil se prolongaba en los ámbitos históricos donde existe la moneda, la abstracción social es exclusiva de la sociedad capitalista. Por otra parte, la abstracción social no es una potencia solo inhibidora de capacidades humanas. Es, sobre todo, en tanto principio constitutivo en lo material e ideal, la precondition de toda posibilidad emancipatoria. La abstracción domina, pero también libera (Acha, 2018: 32).

La práctica concreta de las relaciones sociales se encuentra estructurada por y son estructurantes de formas abstractas de dominación impersonal que median objetivamente la autoproducción inconsciente de la sociedad. Es fundamental examinar al capitalismo en términos categoriales, esto es: realizar una *crítica radical de las categorías* de valor, mercancía, trabajo abstracto y dinero. Pues en tales categorías se plasma la oposición capital y trabajo, la contradicción entre capital y sostenibilidad de las vidas, aunque las mismas tienden a recorrer contradictoriamente todas las prácticas sociales hacia el interior de las cuales son producidas, legitimadas, resistidas o reproducidas. Son estas relaciones sociales, y no en principio la descripción sociológica de las clases sociales o la denuncia de la extracción de plusvalía en el régimen de la propiedad privada, las que definen el problema de la metafísica del capitalismo. Por esto es importante entender que el capital se despliega como una lógica abstracta, cuasi-automática e impersonal relativamente independizada

de las deliberaciones colectivas y las decisiones particulares que asimismo lo (re)producen, perpetúan o combaten.

El metabolismo social del capital es inconsciente en la medida en que no depende de una voluntad decisionista que guie sus desarrollos semovientes. La lógica del capital, al no superponerse con la explotación de clase o con la sociedad del mercado, no obedece a las intenciones colectivas o representaciones individuales. Desde el punto de vista de la totalidad, los actores concretos de la acción y la pasión funcionamos como vehículos del valor, funcionarios de la mercancía, siervos del capital. Marx, para dar cuenta de eso, empleaba las palabras “personificación”, “soporte” o “mascara”. El capitalismo está organizado según la subordinación de la heterogeneidad bajo la homogeneidad, de la multiplicidad diferencial bajo la unilateralidad integracional. Pero este tipo de subsunción real se da en la Inmanencia del movimiento objetivo-subjetivo de la abstracción social. Esta abstracción dominante y posibilitadora, que genera tanto potencialidades emancipatorias como catastróficas, “no es un mal hábito mental que se pueda curar reemplazando las ideas falsas por ideas justas. Es más bien la subordinación bien real del contenido concreto a la forma abstracta” (Jappe, 2016: 66). La lógica dialéctica del capital es inconsciente ya que se produce como un orden impersonal de determinaciones en donde las formas abstractas de mediación constituyen conflictivamente a los individuos en tanto que sujetos. Siendo asimismo condición de posibilidad de toda crítica inmanente y materialista de la sociedad en su conjunto.

Desde una tal perspectiva, la “consumación” del nihilismo de la metafísica en tanto que onto-teo-logía sostenida por Heidegger, se devela como encontrándose objetivamente determinada por el nihilismo inherente a la *metafísica del capital-sujeto*. Es decir, por las tendencias catastróficas y destructivas que viabiliza la modernidad capitalista. Siendo posible afirmar entonces la eficacia histórica de una *onto-teo-logía del capital* que porta potencialidades devastadoras para la reproducción de las vidas.

Las sutilezas y reticencias de la mercancía, según es posible leer en *El capital*, se ubican a la base de la *metafísica circularis* del modo de producción capitalista. Ese es el movimiento circulante del equivalente general dinerario atravesando todos los recovecos del campo social y recorriendo los pliegues de la subjetividad. Hay una metafísica del capital siempre que reina el fetichismo de la mercancía. Siempre que la abstracción horade los cuerpos. La abstracción de la metafísica mercantil se debate, verifica y elabora en los cuerpos que la reproducen. Las contradicciones

objetivas se viven de manera conflictiva. Es allí que la economía política constituye, para decirlo con Spinoza, una teología política materialista que somete a sus designios depredadores a la vida humana (y no humana). De allí también la expresión de Enrique Dussel, la cual titula uno de sus libros, referida a las “metáforas teológicas de Marx”. Las diversas variantes de lo Uno-Todo-Dios (*ousía*, Ser, Derecho, energía potencial, Yo, voluntad de poder, signo, Vida, *perceptio*, $E=mc^2$, *ratio*, materia, Otro, *mathema*, Lenguaje, Estado) se cosifican en la circularidad fetichista del capital. Y esto porque, como decíamos, el capital tiende a refuncionalizar la eficacia abstractiva de las formas de dominación y subjetivación anónimas de larga duración que habitan en la abstracción simbólica del lenguaje y el patriarcado, y en la abstracción imaginaria de la mitología monoteísta.

Asistimos a una especie de hegelianismo realizado. Lo concreto se torna accidente de lo abstracto. Las compulsiones de la acumulación de ganancias se desarrollan con indiferencia respecto del sufrimiento humano y no humano, del deterioro del medioambiente, de manera indistinta para con la reproducción de las vidas. La complejión equivalencial del valor (objetivado en valor de cambio) comanda la diferencia del valor de uso. Todo excedente tiende a devenir plusvalía: producir por producir, la ganancia por la ganancia misma. El capitalismo refuncionaliza las categorías de la metafísica occidental, poniéndolas al servicio de la reproducción ampliada de capital en virtud de repetir el movimiento autotélico del valor.

Para continuar delimitando el problema recortamos para la ocasión las siguientes hipótesis: a) “las categorías del hegelianismo son las categorías del capitalismo” (Del Barco, 2018: 58); b) “Hegel consiguió dar cuenta de las formas sociales abstractas y contradictorias del capitalismo pero no de su especificidad histórica” (Postone, 2006: 75); c) “sucede como si la idea hegeliana se hubiera concretado históricamente como espíritu universal autoconsciente y absoluto, esto es, incondicionado, en la figura históricamente singular del capital” (Acha, 2019: s/p); y d) “la forma de capital hay que entender como homologa de la Idea de Hegel” (Arthur, 2014: 347).

Es sirviéndonos de tales hipótesis que podemos decir que en el capitalismo global, tendencialmente financiero y en crisis, estamos ante una suerte de refuncionalización de esa larga historia de un error desmontada por Nietzsche en *El crepúsculo de los Ídolos*. La cantidad de valor coagulado en la limitada forma de la mercancía hace del movimiento social de las cosas y las palabras un circuito fetichizado de

“cosas semovientes” bajo cuyo control nos encontramos, en lugar de controlarlas a ellas. Nada es “más real” en el mundo burgués (de allí la invalidez de la concepción de una base-real opuesta a una súper-estructura-ideal), no obstante, las categorías bifacéticas del capital subtiende a determinar las prácticas simbólicas e imaginarias de la experiencia social. Las abstracciones sociales son *realmente irreductibles* a las mediaciones afectivas y pensantes de los cuerpos. En torno a estas cuestiones, escribe Jappe:

La mercancía no ocupa exactamente el mismo lugar en la vida social que Dios. Pero Marx sugiere que el fetichismo de la mercancía es la continuación de otras formas de fetichismo social como el fetichismo religioso. Lo cierto es que ni el desencantamiento del mundo ni la secularización tuvieron lugar: la metafísica no desapareció con la Ilustración, sino que bajó del cielo y se mezcló con la realidad terrestre. Es lo que quiere decir Marx cuando llama a la mercancía un objeto sensiblemente suprasensible (2015: 19).

Repasemos las expresiones de Marx en torno al carácter fetichista de la mercancía. El autor utiliza las palabras “arcano”, “sutileza metafísica”, “caprichos teológicos”, “misterioso”, “extravagancias admirables”, “carácter místico”, “carácter enigmático”, “quid pro quo”, “forma fantasmagórica”, “región nebulosa”, “jeroglíficos”, “forma extravagante”, “misticismo”, “brujería”, “hechizo”. Cuando Marx emplea la expresión “secreto de la forma mercancía” no refiere a la necesidad de develar un contenido supuestamente más profundo o esencial que se alojaría detrás de la superficie de inscripción de una forma aparente o ilusoria. El “enigma” de la forma fetichista de la mercancía es la forma social de la misma. El secreto es que no hay secreto, diría Derrida. El problema no es develar el núcleo oculto de la mercancía, sino explicar porque el trabajo asumió la forma del valor de una mercancía. Porque el trabajo deviene él mismo mercancía. La característica peculiar de la “forma social” de las categorías reales (valor), en oposición a su faceta concreta en tanto “contenido material” o “forma natural” (valor de uso), en lo fundamental reside en el hecho de que las mismas confeccionan abstracciones sociales. No es otra cosa sino esto mismo lo que tematiza Adorno en *Teoría estética* como “forma con contenido social”. Referimos a relaciones sociales-límites cuya forma política de ser, precisamente, es la abstracción objetivada. La forma social es inseparable del contenido específicamente político implicado en la mediación configuradora del mundo burgués. La eficacia pragmática que adquiere la *fetichismagoría mercantil*

en las prácticas sociales concretas es inescindible de su politicidad histórica. Como forma-límite, resulta objetivamente imposible para los actores particulares ser ajenos a la efectuación de la forma fetichista de la mercancía.

Cuando Marx examina críticamente el “carácter enigmático” del fetichismo de la mercancía, al parecer no estaba haciendo otra cosa que analizar el funcionamiento material de la misma abstracción social que más tarde, metáfora y metonimia mediante, Jorge Luis Borges describió en su cuento *El Aleph*: “mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo” (2010: 754). Parafraseando a Hawking: todo el Universo social del capital está comprimido en una mercancía. Pues, en efecto, es el fractal de la sociedad burguesa. *La mercancía es el aleph de la metafísica del capital*.

Antes que un objeto autoevidente, un bien trivial o una cosa meramente intercambiable, la mercancía es el *fantasma global* que asedia la socialización. Constituye la *forma a priori inconsciente* de la producción de la experiencia. Todo se vende y se compra, bajo la forma de mercancía, en la moderna sociedad. Pero el problema no estriba en que compremos y vendamos, sino en el hecho de que no podemos sino organizar la producción para la compra y la venta. Producimos para el mercado, no para la satisfacción de necesidades. El proceso de valorización del valor es indiferente a las demandas concretas, pues sólo importa el aumento cuantitativo de sus propias necesidades abstractas. Vivimos y morimos bajo esa mediación fetichista. Todo lo cual no se resuelve con resistencias a la mercantilización y esfuerzos por defender el valor de uso de las cosas, cuerpos y saberes. Pues bien señala Repossi que “se puede reprobar la mercantilización, es decir, se puede pedir que la mercancía no invada ciertos territorios: ‘la comunicación no es una mercancía’, ‘la sangre derramada no será negociada’, ‘todo no se compra, todo no se vende’ ... También se pueden crear pequeños circuitos de trueque y ejercitar la permacultura ... Pero son respuestas bienintencionadas que atacan a tal o cual cabeza de ‘la hidra capitalista’ pero no ponen en cuestión la raíz del mito: la estructura de la mercancía” (Repossi, 2017: 45).

Estamos ante un sistema equivalencial capaz de asignarle un valor cuantitativo a todo objeto y volver equivalente toda producción (cultural, sexual, política, afectiva, artística, etc.). El capitalismo consumo y subsume las historias previas, hipotecando el presente y el futuro. El valor cobra vida propia; la mercancía entra y sale

de los ámbitos relacionales. Los sueños, el deseo, la información y la imaginación devienen atributos productivos explotados por el *capital-inconsciente*. La forma metafísica del capital no se nos impone de manera exterior (como un vampiro, un parásito, un depredador). Pues nos constituye desde-el-vamos en la inmanencia misma de nuestras prácticas sociales concretas. Somos *agentes-causa inconscientes del valor* que, en la misma porción de la materia, no podemos dejar de experimentarnos como *sujetos de la acción/pasión*. Esa, y no otra, es la verdadera división histórica del “sujeto capitalista”. Y esto porque la forma-sujeto deriva, en su forma universal y vacía, de la forma-mercancía y de los patrones (masculinos y racialistas) del trabajo abstracto que las produce. La atomización de los individuos como monadas competitivas en el mercado (competir=ser), la definición regulada de lo social según la propiedad privada (tener=ser) y la eficacia de la mercancía en los vínculos cotidianos (parecer=ser) expresan, como formas concretas y complejas, las formas simples y abstractas de la metafísica bien real del capital.

Esto último es clave para la metafísica del capital, ya que revela que existe un desarrollo inmanente y combinado entre la subsunción del trabajo al capital y la subsunción tendencial de los individuos a la metafísica efectiva de la forma-sujeto. Pues la subsunción formal (Descartes), material (Kant) y total (Hegel) de los individuos al sujeto capitalista es un hecho universalizante tendencialmente efectivo allí donde el valor deviene lógica inconsciente que subdetermina los procesos de subjetivación y particularización que tienen lugar en la inmanencia a las relaciones sociales del capitalismo moderno. *La ley del valor es el factor central de individuación en el capitalismo. La mercancía, la matriz de toda subjetivación*. Por eso tal vez la pregunta elemental de una crítica de la metafísica capitalista no sea otra que: ¿por qué hay una mercancía, dentro del conjunto ilimitado de todas las mercancías, que sea yo mismo?

En el capitalismo las actividades concretas, de igual modo que los individuos que las realizan, sólo se vuelven sociales en cuanto quedan reducidas a la categoría fetichista e indiferente dada por la abstracción social de la mercancía. Cada quien es un valor=x, un valor-para-sí y para-otro que es necesario valorizar, como reverso afectivo del capital en su huida de la desvalorización. La práctica sensible existe en y a través de esas mismas entidades suprasensibles. La dualidad sensible-suprasensible de la metafísica del capital, el sometimiento del primero al segundo, la encarnación del segundo en el primero, el montaje de la máquina abstracta de la pro-

ducción capitalista, es también una forma social destructiva. La voluntad de nada, elidida de todo “querer” de un sujeto volitivo, hace al nihilismo metafísico capitalista. Para decirlo con Freud, el capitalismo lleva inscrita una “pulsión de muerte” intrínseca a la valorización del valor. “El Sistema en su pulsión tanática traga y quiere tragarlo todo, dominar, explotar, acumular, hasta llegar a la implosión final” (Del Barco, 2018: 238). El *cuerpo abstracto y polimórfico* del capital es a la vez temido y deseado, genera posibilidades y formas de dominación. “Pulsión de vida y muerte” convergen en esa compleja totalidad atravesada por múltiples antagonismos concretos. La indiferencia abstracta del capital respecto de toda necesidad concreta hace a los fundamentos materiales mismos del nihilismo capitalista, es decir, a la potencialidad catastrófica y destructiva del capital. Y esa indistinción, con sus mecanismos de violencia y terror, nos mata. La metafísica de la mercancía se satisface, una y otra vez, sin miramientos por la *producción inconsciente de sufrimiento* que la misma engendra en los cuerpos que la resisten y combaten.

Allí donde la fuerza de trabajo “doblemente libre” se encuentra con el “capital independiente”, la objetualidad fantasmática de la mercancía penetra en todos los poros de la sociedad. La reificación del nexo social moderno depende de esa sujeción bajo compulsiones objetivadas y fantasmales. El valor, en tanto que categoría históricamente real, coincide materialmente entonces con su propio concepto metafísico. Sin embargo, la culminación del reinado supra-sensible de la mercancía sobre el mundo sensitivo de la vida no responde a una historia evolutiva, sino que implica un salto cualitativo, una ruptura en el espacio-tiempo: *corte-capital*, un verdadero Big Bang. La inversión objetiva que implica la institución del moderno modo productor de mercancías, remite a un movimiento a través del cual lo condicionado (la dinámica enajenada del valor) se autopone como condición incondicionada de lo condicionante (pragmática del trabajo). El valor capitalista como forma de representación abstracta de la riqueza material socialmente producida, de este modo, se erige como determinación antitética irreductible, enajenando la vida concreta de la comunidad humana de cuya pragmática social no obstante resulta. El valor es el *fundamento sin fundamento* del nihilismo capitalista (en tanto el trabajo vivo, como trabajo social enajenado, se conforma como fuente creadora negada, diría Dussel). El valor es el ser del capital: expresado en valor de uso (cualidad) y valor de cambio (cantidad). Dicho líricamente, el capital constituye una *Metafísica Coronada*. Expresa una suerte de realización histórica de la “metáfora de la historia

del mundo” que gustaba entonar Borges: el valor tiene su centro en todas las mercancías, pero su circunferencia en ninguna. Esto permite plantear que, efectivamente, en el capitalismo: hay centro, es la mercancía; hay fundamento, es el valor; hay Sujeto, es el capital; hay “sustancia”, es el trabajo abstracto; hay fin, es el dinero.

3 LEY DE INVERSIÓN ORIGINARIA

La metafísica del mundo escindido e invertido del capital es fundamental en la sociedad moderna. La *posteridad cronológica* de la *génesis histórica* de las categorías del capital *no coincide* con la *anterioridad* de su *dominancia lógica* en la dinámica de las relaciones sociales propias de la dialéctica negativa de la modernidad. Lo que llamamos *ley de inversión originaria* da cuenta de la generalización de la determinación social que involucra la eficacia histórica de la inversión suscitada, en el seno de la sociedad burguesa, entre la *génesis histórica* de las categorías sociales y la *génesis lógica* de las mismas en tanto que categorías reales. A este respecto, en lo que atañe puntualmente al problema de la dominación de clase en relación a la dominación abstracta del valor, Mariano Repposi analiza de manera paradigmática la inversión genética que sintetiza las formas sociales de la modernidad en los siguientes términos:

La violencia histórica engendró al capital y, una vez en marcha la lógica automática del capital, esa historia se volvió prehistoria. Por eso en los tres primeros capítulos de *El capital* no hay lucha de clases sino igualdad de los poseedores en el intercambio mercantil: las categorías elementales del capitalismo (valor, trabajo, dinero, fetichismo) son históricamente posteriores a las clases sociales y son, también, lógicamente anteriores. La *génesis histórica* de las categorías no coincide necesariamente con su *génesis lógica*: la milenaria mercancía generó al moderno capital, pero únicamente el capitalismo transformó al mundo en sociedad mercantil. Desde entonces, trabajo y capital existen en oposición recíproca como realizaciones del sujeto automático, no como la contradicción principal del capitalismo (2017: 42-43).

La inversión originaria es decisiva de la *historicidad capitalista*. La totalidad de las relaciones sociales modernas se encuentran férreamente administradas “por la ley de la inversión: las formas en que se presenta o aparece el proceso de producción

capitalista están rigurosamente invertidas respecto de su determinación interna” (Rancière, 1974: 106). El consecuente lógico determina, mediante una cierta operación dinámica, a su antecedente histórico. Apelando al círculo deleuziano de la “fundación-fundamento” propuesto en *Diferencia y repetición* de 1969, conjeturamos que en la modernidad burguesa lo fundando-fundamentado (el capital) se torna fundamento de lo fundante-fundamentador (las prácticas sociales concretas). La “inversión originaria” es clave para toda *crítica interna* de la sociedad. En vez de postular una “afuera” desde el que fundar una crítica, son las contradicciones tendenciales del capitalismo, sus crisis y las coyunturas de la lucha de clases, las que proporcionan un “adentro” en el cual dicha crítica se presenta como posible y necesaria. Entiéndase: lo fundado en el capitalismo, es decir el capital, deviene fundamento histórico y lógico de las prácticas sociales que asimismo lo producen, al autoponerse en inmanencia a las mismas como sujeto del metabolismo social. En la escotomización de esa inversión estriba, por ejemplo, la infértil necesidad teórica de postular un irreductible incontaminado (el “resto”, un “excedente”, lo “incapturado”, el “sujeto” que resiste a la “subjetivación”) como premisa de la crítica en la cual encallan ciertas posiciones de nuestros contemporáneos.

La universalización tendencial de las relaciones sociales invirtió la relación entre lo abstracto y lo concreto. La abstracción deja de ser la expresión de un mundo sensible, y todos los nexos concretos y todos los objetos sensibles cuentan tan sólo como expresión de una abstracción social que domina la sociedad. Los fenómenos observables empíricamente verificables tienden a ser determinados por la “escencia” de las relaciones sociales, es decir: las categorías del capital. La dominación ciega de las abstracciones sociales se produce y funciona de manera inconsciente en la inmanencia de las prácticas corporales, constriñendo la contingencia de las decisiones particulares y reproduciéndose allende las deliberaciones colectivas. Es por ello que la contradicción entre lo abstracto y lo concreto constituye, en cierto punto, la contradicción fundamental de la *infrapolítica del capital* (determinante de las micro y las macro políticas que las combaten, resisten, legitiman, perpetúan o impugnan en antagonismos concretos).

La génesis lógica de las categorías reales del capital no es cronológica, pues su génesis histórica no coincide con el *orden de eficacia* que adquieren una vez desarrolladas y desplegadas sobre la realidad social moderna. La historicidad dinámica de las prácticas concretas estructura la organización objetivada de las relaciones ca-

pitalistas, al tiempo que las primeras son estructuradas lógicamente por la forma social de las segundas. El capital se auto-pone entonces como principio de articulación inmanente de sus propios presupuestos históricos. En el “mundo invertido del capital” (Reichelt), lo que está invertido no es nuestra percepción o representación de la sociedad. Es la sociedad misma. La estructura dual de la mercancía es la fibra última de esa *inversión decididamente real* que configura las relaciones sociales modernas.

La misma producción de los *límites objetivos-subjetivos* del proceso global capitalista es la que se presenta a través de una *inversión históricamente específica*. La “revolución teórica de Marx”, para decirlo con Louis Althusser, implica también una auténtica revolución copernicana en la forma social de la crítica de la sociedad, cifrada precisamente en los términos de una confrontación radical ante la *estructura-de-escisión e inversión* que atraviesa el mundo burgués. Oscar Del Barco en *Esen- cia y apariencia en El capital* describe esa *inversión real* de manera interna a una operación de *escisión* entre sujeto y objeto, forma y contenido, yo y otro, teoría y práctica, abstracto y concreto, individuo y sociedad, concepto y experiencia, razón y afecto, valor y no-valor, humano y no-humano, estructura y acción, sistema e historia, conciencia y cuerpo, etc. La *separación* de los productores sociales de los medios de producción y la desposesión de las comunidades es crucial en la metafísica invertida del capital. Pero todo esto supone en lo fundamental una operación históricamente determinada de inversión entre la génesis histórica y la génesis lógica. Pues a través de esa inversión, separación y escisión, las categorías reales del capital se presentan como Sujeto de cualesquiera “predicado” socialmente producido. El proceso social de producción subyuga a las personas que lo producen, en vez de controlar éstas a dicho proceso.

Dada la inversión originaria, *el capital siempre-ya está entre nosotros*. Marx, en efecto, busca derivar categorías como formas invertidas de relaciones sociales bifacéticas, es decir que hacen a las prácticas de constitución objetiva y subjetiva. El “desarrollo dialéctico de las categorías” (Reichelt) detiene toda teleología necesaria propia de una filosofía evolutiva y especulativa de la Historia (deslindando, también, el holismo-funcionalista). Pues la inversión objetiva no es inevitable en un sentido determinista. Al contrario, es *necesariamente contingente*, pero una vez instituida como tal, se torna *contingentemente necesaria*. La auto-posición del capital co-

mo Sujeto automático de la sociedad moderna, el carácter inédito de esa forma social históricamente contradictoria y antagónica, es resultado de una ruptura en la causalidad histórica. Por esta razón, la objetividad sólo existe en una forma invertida en el sujeto, en la cual la cosa misma se subjetiva y la persona se objetiva en la cosa. Sin embargo, bien precisa Marx que el capital “no es una cosa, sino determinada relación social de producción perteneciente a determinada formación histórico social y que se representa en una cosa y le confiere a ésta un carácter específicamente social” (2002: 1037).

Es en función de la enajenación que involucra la inversión originaria que, en los términos de Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo* de 1972, el capital no se presenta como el producto de la fuerza de trabajo deseante, sino que el “movimiento objetivo aparente” de la valorización se patentiza como el “presupuesto natural”, el “sujeto inengendrado”, o la “premisa cuasi-divina” del proceso general del metabolismo social. El capital no se contenta con oponerse y expropiar los excedentes de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino que las “fuerzas y agentes se convierten en su poder bajo una forma milagrosa, parecen milagros creados por él” (Deleuze y Guattari, 2010: 19). Solo hay una totalidad contradictoria y antagónica por motivo de la universalización del mercado mundial, como forma fenoménica del capital en tanto relación global. Como efecto de la inversión originaria, el capital se vuelca sobre la producción y el consumo, constituyendo una superficie de *antiproducción* sobre la que se inscriben los agentes de producción y las fuerzas productivas. El cuerpo del capital es la antiproducción producida en el proceso de la producción del metabolismo social. La plurivocidad de las fuerzas de trabajo deseante son puestas a trabajar para la univocidad del valor. El capital no reprime en primer término la producción deseante y semiótica, sino que pone a trabajar el deseo y los signos para reproducir las condiciones de su propia sujeción.

Hay que repetirlo: la génesis histórica de las categorías no coincide con su génesis lógica. Si el siglo XVIII es la Era de la Representación, el XIX es la Era de la Historia y el siglo XX es la Era de las Formas, ahora mismo la cuestión estriba en examinar la Génesis Abstracta que las dinamiza de manera dominante. Se trata de pensar las operaciones relacionales y procesuales que hacen a la necesidad de la contingencia y la contingencia de la necesidad. Hacia el interior de este Universo social no existe una correspondencia necesaria entre el *orden de sucesión histórica* de las determinaciones imaginarias y simbólicas del Antiguo Régimen, y el *orden lógico*

de *anudamiento y dominancia dinámica* de las categorías reales. El orden histórico de su materialización categorial no coincide necesariamente con el orden de eficacia mediante el cual operan en el capitalismo, siendo solamente a través de esto segundo que se desarrollan hasta el punto tal de universalizarse como categorías constituyentes de la modernidad.

Las investigaciones históricas explanadas por Karl Marx en *El capital* no “fundamentan”, sino que “complementan y complejizan” la exposición lógica de las categorías fundamentales del capitalismo anclándolas en territorios y conflictos concretos. No obstante, “las categorías que describen el modo de producción capitalista son históricas, y en ningún caso supra históricas; valen sólo para la fase histórica en la que el capitalismo es el modo de producción dominante” (Heinrich, 2008: 49). Por ende, la producción de las formas sociales de las categorías reales del capital resulta ser históricamente específica. Su génesis lógica posterior no coincide entonces con su dominancia dinámica, determinante y articuladora respecto a la génesis histórica de las relaciones sociales que las preceden. En palabras de Marx en la *Introducción de 1857*:

En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango [de] influencia, y cuyas relaciones por lo tanto asignan a todas las otras el rango y la influencia (...) En consecuencia, sería impracticable y erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión está, en cambio, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa, y que es exactamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico. No se trata de la posición que las relaciones económicas asumen históricamente en la sucesión de las distintas formas de sociedades. Mucho menos de su orden de sucesión en la Idea (Proudhon) (una representación nebulosa del movimiento histórico). Se trata de su articulación en el interior de la moderna sociedad burguesa (1974: 58).

De este modo vemos como “la sociedad capitalista es una máquina de inversión cuyo centro está en la producción material; por eso el fetichismo, lejos de ser un fenómeno psicológico, es un fenómeno esencial del todo de la sociedad capitalista” (Del Barco, 2018: 108). La mediación material de las relaciones sociales por la mercancía no solo engendra una dominación impersonal convergente con la domina-

ción de clase, sino que también produce el fetichismo inherente a las formas *escindidas* de pensamiento-invertido al que están sometidos todos los individuos de la sociedad, independientemente de la clase a la que pertenezcan. Divisiones entre teoría y praxis, entre ciencia e ideología, entre partido y clase, entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre un principio activo determinante y un principio pasivo determinado, que configura los cuerpos de la acción/pasión también escindidos entre cuerpo y mente, inconsciente y consciente, etc. Por lo cual, la crítica del fetichismo no sólo atañe a la teoría o a la práctica, sino a toda operación inmanente de inversión entre lo real y lo ideal, a la escisión de toda relación social dominada por la abstracción del valor y la violencia encarnada de la mercancía. El fetichismo capitalogocentrico, sus operaciones de inversión, no refiere a un conjunto de *representaciones intelectuales falsas*, sino a su lógica de articulación. Al anudamiento de las *formas verdaderas de prácticas* en que se desenvuelve *realmente* la modernidad capitalista (que teóricamente no sería la única modernidad posible). Una crítica de la estructura fetichista de inversión y escisión, común a las relaciones intelectuales y sociales inherentes a la sociedad de la mercancía, parte de la premisa según la cual: “las estructuras no son mentales, están en las cosas, en las formas de producción y reproducción sociales” (Deleuze y Guattari, 2010: 180).

La crítica inmanente de la fetichización capitalogocentrica, es decir la crítica radical respecto del proceso de fetichización que reifica la historicidad intransferible de las categorías modernas al comprenderlas en tanto que presupuestos trans-históricos, como sucede en la llamada “ontología del trabajo” del “marxismo tradicional”, entendida como *a priori* intransferible de las prácticas simbólicas e imaginarias que matizan las formas-pensar, no estriba en la elaboración de una *crítica idealista* de los presuntos *contenidos representacionales falsos* de las abstracciones intelectuales. En cambio, radica en una *crítica materialista* respecto a sus *formas prácticas históricamente verdaderas*. La crítica del fetichismo de las abstracciones intelectuales y la crítica del fetichismo de las abstracciones sociales constituyen el anverso y el reverso de la *crítica anti-metafísica del fetichismo categorial del capitalismo*.

5 NIHILISMO Y CAPITALISMO

La metafísica fetichista del capital tiene *eficacia material*. El capitalismo solamente produce cosas en tanto sustrato material primero, y residuo material después, del proceso de valorización del capital. La forma-mercancía liberada desde su génesis productiva es una batalla continua en y contra las cosas mismas: su única finalidad es convertir todo en mero medio cualitativo de un fin-en-sí cuantitativo (el dinero que engendra más dinero). El capital es una relación social contradictoria, la cual se pone a sí misma como finalidad de la vida material, pero lo hace contra los intereses y necesidades de la reproducción de las vidas. De allí deriva lo *realmente siniestro* del fetichismo de la mercancía en tanto que estructura metafísica del mundo. La mercancía constituye una relación social que reduce todo a una superficialidad indistinta y superflua. En cualquier caso, la mercancía “es tanto un modo de subjetividad como de objetividad social” (Postone, 2006: 38). La especificidad histórica de la mercancía, en tanto forma social contradictoria, reside en la idea según la cual comporta una existencia social total y apriorística que matriz una lógica abstracta, impersonal y automática sobre el conjunto de las experiencias internas a las relaciones sociales, elaborándose no obstante de modo activo y conflicto en los territorios concretos. El capitalismo porta tendencias catastróficas que socavan sus propias bases materiales.

Comprendida como “categoría universal del ser social total” (Lukács), la mercancía tiende a preformatear todas las prácticas sociales en las cuales se verifican y discuten las contradicciones y los antagonismos del campo social. Incluso la conciencia libre del productor independiente de mercancías existe, en tanto práctica social moderna, por la enajenación inconsciente de la misma a la mercancía. Por la alienación de las potencias sociales del trabajo a potencias del capital social global, las relaciones capitalistas tienden a autonomizarse de los cuerpos que las soportan y construyen. La universalidad de las formas abstractas de mediación capitalistas funciona de manera reticular: ofician una multilateralización del nexo social (riquezas) pero siempre bajo la forma unilateral de la producción de valor y la extracción de plusvalor. Las categorías del capital tienen un poder individuante, pues campean como mecanismo que modela los cuerpos; configura la densidad de la objetividad y la opacidad de la subjetivación. Las relaciones sociales capitalistas

constituyen, en efecto, *formas trascendentales de subjetivación* que actúan violentamente sobre los cuerpos constituyéndolos en sujetos mercantiles.

El nihilismo del capital no depende tan solo de sus coyunturas históricas de crisis, sean estas de colapso económico, desastre ecológico o deterioro social. El carácter destructivo del nihilismo capitalista es una potencialidad inmanente del capital que está inscrita en la lógica real de las categorías fetichistas de la sociedad de la mercancía. La “pulsión de muerte” del capitalismo, su carácter tendencialmente colapsista, al tiempo que des-sustancializa las relaciones sociales produciendo incluso posibilidades post-metafísicas en el lazo social, vuelve una y otra vez a reducir la cualidad inconmensurable del nexo social a un cálculo de equivalentes abstractos mensurables. El capital descodifica flujos deseantes, imaginarios y valores de usos descodificados, pero a su vez los reterritorializa bajo las formas autoritarias, privatizantes, arcaístas, familiaristas y violentas del capitalismo patriarcal heterosexual y colonial.

El valor es la medida de todas las cosas en el capitalismo. En función de esa determinación la sociedad productora de mercancías conduce inexorablemente al nihilismo, puesto que, en medio de *crisis catastróficas* cada vez más profundas, conlleva a una indiferente destrucción del Universo social que es inversamente proporcional a la compulsiva acumulación ampliada de capital. El valor no es un mero concepto. Es la dinámica abstracta y real de una máquina de dominación, destrucción y subjetivación. Tal es así que la *deconstrucción de la metafísica* debería ser anti-capitalista, centrarse en las categorías del capital, si no quiere resignarse a ser un mero ejercicio retórico. De igual modo, la crítica de la economía política es inseparable de una deconstrucción del plexo categorial del pensamiento burgués que caracteriza a la conciencia fetichizada que atraviesa a todos los actores sociales en los cuales se discuten los procesos históricos.

La mercancía avanza destruyendo cada vez más vidas humanas y no humanas. El momento de su ampliación intensiva y extensiva a todo el campo social, es asimismo el momento en que se desatan todas las “pulsiones de muerte” que actúan en su interior. El nihilismo de las categorías del capital se comporta como la potencia catastrófica del proceso inercial de valorización del capital. Constituyendo la violencia de la metafísica real del capital. El nihilismo, por ende, refiere al potencial destructivo del absurdo autotelismo del capital. La indiferencia de las abstracciones sociales respecto al contenido concreto y a las cualidades sensibles explica el deve-

nir-nihilista del capital. Esa indistinción, expresada en el trabajo abstracto, es devastadora. El nihilismo del valor, en su huida de la desvalorización (crédito a muerte), expresa la *tendencia colapsista* de la metafísica refuncionalizada, realmente existente y efectiva del capital. La *violencia nihilista* de la metafísica capitalista alude, en conclusión, a la *violencia fetichista* de la dinámica de la autovalorización del valor. La metafísica del capital es una guerra contra las cosas mismas, un nihilismo indiferente que produce sufrimiento desigualmente, pero que se dirime en los cuerpos, luchas sociales y territorios concretos.

REFERENCIAS

- ACHA, Omar (2018): *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social*, Buenos Aires, Teseo.
- ACHA, Omar (2019): "Psicoanálisis y marxismo hoy: entre-tiempos de la abstracción social" en *III Jornadas Nacionales de Filosofía y Epistemología de la Historia: ponencias, simposios y mesas redondas*, Vieda, Esteban & Meolo, Mercedes (comp.), Buenos Aires, Educo
- ARTHUR, Christopher J. (2014): "De la crítica de Hegel a la crítica del capital" en *Dialéctica y capital*, Mario Robles Báez (comp.), Buenos Aires, RyR.
- BORGES, Jorge Luis (2010): *Obras completas I: 1923-1949*, Buenos Aires, Emece.
- DEL BARCO, Oscar (2017): *Escencia y apariencia en El Capital*, Buenos Aires: Marat, 2017.
- DEL BARCO, Oscar (2018): *El otro Marx*, Córdoba: Milena de Cacerola, 2018.
- DELEUZE, Gilles & GUATTARI, Félix (2010): *El Anti Edipo*, Barcelona, Paidós.
- HEINRICH, Michael (2008): *Crítica de la economía política. Una introducción a El capital de Marx*, España, Escolar y Mayo Ediciones.
- JAPPE, Anselm (2011): *Crédito o muerte: la descomposición del capitalismo y sus críticos*, Madrid, Pepitas de calabaza
- JAPPE, Anselm (2015): *El fetichismo de la mercancía (y su secreto)*, España, Pepitas de calabaza.
- JAPPE, Anselm (2016): *Las aventuras de la mercancía*, España, Pepitas de calabaza.
- MARX, Karl (1974): *Introducción general a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.
- MARX, Karl (2002): *El Capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- POSTONE, Moishe (2006): *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Madrid, Marcial Pons.
- RANCIERE, Jacques (1974): *El concepto de crítica y la crítica de la economía política de los Manuscritos de 1844 a El Capital*, Buenos Aires, Ediciones Noé.

REPOSSI, Mariano Alberto (2017): “Decir la noche. Notas preliminares a *Escencia y apariencia en El Capital*”, de Oscar del Barco, Buenos Aires, Marat.

VÁZQUEZ, Alfredo Macías (2017): *El colapso del capitalismo tecnológico*, España: Escolar y Mayo Ediciones.